





Reverencia por la vida

Javier Herrero

ojo de agua - ambiente educativo

 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

 965.583.213 - 649.901.562

ojodeagua@telefonica.net

Reverencia por la vida

Javier Herrero

La inmensa mayoría de las personas que se acercan con curiosidad o interés para conocer nuestro ambiente siempre vienen con muchas preguntas e inquietudes. Una que no falta nunca es la pregunta sobre si tenemos un horario, un programa de actividades: un currículum. La respuesta es sistemáticamente la misma: que no disponemos de un currículo predeterminado, sino que se va construyendo a partir de dos raíces: las necesidades que expresan los niños y las propuestas que los adultos vamos realizando. Así que todos los cursos nos vemos obligados a planear un cuadro en el que figuran unas cuantas actividades o talleres concretos a horas determinadas.

A pesar de todo ello, siempre me queda la sensación de que el aprendizaje, el desarrollo de nuestros hijos se nos escapa por las rendijas de las ventanas, por los quicios de las puertas, que vuela empujado por el aire. Y que, en definitiva, lo más importante que aprendemos juntos no siempre sucede en actividades predeterminadas a horas concretas. Más bien al contrario. Prueba de ello ha sido un ¿tema?, un ¿taller?- que ha ido surgiendo espontáneamente a medida que la vida nos ponía delante las oportunidades para desarrollarlo. Para explicar este "taller", esta "actividad" se me hace necesario comenzar por explicar la importancia de que los niños pasen todos los días de su "vida escolar" en contacto directo con la naturaleza -percibiendo sus ciclos, sus transformaciones, su derroche, el bienestar de vivir sobre la tierra- la importancia de que los niños, decía, pasen toda su infancia inmersos en un entorno natural les sumerge, les pone en contacto con la vida. Sin duda.

Pero estar en contacto con la vida significa también e indefectiblemente estar en contacto con la muerte.

La primera vez que recuerdo en este curso la aparición de la muerte fue cuando alguien encontró un ratoncillo muerto (luego nos enteramos que había muerto envenenado por los *biocidas* –esto es, "asesinos de vida", en traducción literal- con los que cultivan los naranjos que nos rodean). Siempre que aparece un animal muerto la noticia se corre como la pólvora, un gran grupo se arremolina en torno al cadáver, surgen comentarios sobre la especie a la que pertenece, se indaga sobre si es cachorro o adulto, su sexo y multitud de otros detalles. Los niños deciden enterrar al ratoncillo junto a las vides que cuida Paco, nuestro vecino. Allí cavan un agujero en la dura tierra seca con una azada que les dobla en tamaño a algunos, echan dentro el cuerpo del animal y tapan el agujero. Por la tarde, cuando me acerco por allí dando un paseo, descubro que alguien o "*alguienes*" han colocado un puñado de flores en el enterramiento. Al día siguiente, las cuatro flores se habían convertido en un túmulo de unos 60 o 70 cm. de altura construido a base flores secas que el vecino había cortado y desechado y que –me daba la impresión- hacía las veces de mausoleo. Durante un tiempo, allí se acercaban los niños hablando en voz muy bajita. Eso debió ocurrir por noviembre, quizá. Lo que sí recuerdo con

precisión fue que durante la fiesta de despedida del año antes justo del inicio de las "vacaciones de navidad", tras una jornada largamente festiva, los niños justo en el momento de las despedidas conscientes, ¿quizá?, del momento de la separación- comenzaron a pasarse la voz unos a otros antes de irse y se organizaron para visitar juntos el mausoleo. En un momento dado fui capaz de escuchar cómo una niña le instaba a otra. "Venga, vamos a despedirnos del ratón ante de irnos." "Vamos a rezarle", decía otro. Un papá y una mamá observaban la escena y sorprendidos por lo que estaban viendo, dijo ella: "¡A ver si ahora resulta que se van a hacer religiosos!" A lo que el papá respondió: "Igual es que no dejaron de serlo nunca." Escuchar estos comentarios me puso alerta sobre el valor de nuestro ambiente educativo como ámbito de confluencia de distintas percepciones, de diferentes visiones de la vida: aquí conviven vegetarianos y omnívoros; ateos, agnósticos y diversas clases de creyentes. Pero todos somos capaces de convivir en un entorno en el que las diversas percepciones, las variadas visiones de la vida, son posibles siempre que respeten el derecho de los otros o sus ideas a existir en identidad de condiciones a las que ellos propugnan para sí mismos. Esta función del ambiente como nodo de conexión entre las diversas visiones de la vida que se cultivan en cada casa, en cada familia, me resulta cada vez más relevante. Los tiempos que corren requieren de diversidad biológica, pero también ideológica; asociación de cultivos y no pensamiento único ni monocultivo ideológico. Estar en el nodo, estar en el punto de conexión, ser testigo -como afortunadamente tengo el placer de serlo- de la confluencia y el encuentro de distintas visiones que los niños traen al ambiente como resultado de sus vivencias familiares es fuente de aprendizaje. Así, podría contaros cómo en un viaje en coche devolviendo -tras de una larga y agotadora jornada de juego- a sus respectivos hogares un par de niñas de unos cinco años mantenían una conversación sobre sus respectivas visiones sobre origen de la vida. Una lo explicaba desde una visión mítica; la otra, desde un cierto racionalismo científico. Ambas habían explorado este "peliagudo" asunto en sus respectivas familias y cada una había cosechado distintas visiones que, finalmente, se encontraban allí, en el reducido espacio del habitáculo del coche que nos transportaba. Allí, el evolucionismo se estaba encontrando con lo legendario; el conocimiento con la intuición y el mito con la ciencia. Y una exponía los hitos de la evolución de la vida a través de la evolución de las especies; mientras la otra exponía el misterio de la vida a través de una visión mítica espiritual. Lo que sucedía en esa discusión era una yuxtaposición de visiones, esto es, la presentación de una y a continuación la presentación de la otra. Uno de los aspectos que más me sorprendía era cómo ambas eran capaces de exponer sus argumentos con solvencia y coherencia. Digo que lo que se daba era una yuxtaposición porque las visiones parecían no contaminarse entre sí, sino que aparentemente permanecían idénticas a sí mismas. Vamos, que no llegaron a un acuerdo intermedio, ni una visión fue capaz de "vencer" a la otra, ni hubo una solución ni un final feliz en el que "todos ganan" para dicha general. No. En un momento determinado, una de las dos se dirigió a mí -el adulto que las acompañaba y les conducía a reunirse con sus respectivas familias- para recaudar mi opinión. Mi respuesta fue que en

realidad nadie sabía muy bien con certeza sobre ese asunto, que unas personas lo veían de una forma y otras de otra. "Ya, pero tú que piensas", me preguntaron al unísono. "Pues yo –les contesté- tengo muy serias dudas al respecto. No niego a Dios, pero no lo comprendo." Cada una llegó a su casa. Y a cada uno de nosotros nos acompañaban la propia visión y las de los otros. No hubo conclusiones, simplemente una interesantísima conversación (al menos para mí) que me alumbró en la sorprendente madurez de estas dos pequeñas criaturas.

Otro momento en el que se hizo patente la reverencia que los niños sienten hacia la vida sucedió mientras se realizaban algunas manualidades. En un momento dado, uno de los tres o cuatro niños que están alrededor de la mesa menciona a Verónica (una mamá que colaboró formando parte del equipo – precisamente con actividades manuales- y que murió durante el año pasado). Y alguien dice: "Pues Verónica sí que lo hacía bien." Y otro contesta: "Sí, era la que más me gustaba porque era la que mejor hacía las cometas." Y otra, después: "A mí me dio mucha pena cuando se murió." "Y a mí", exclama otra. "Ya no podrá ayudarnos a hacer marionetas." "Nico (el hijo de Verónica) sí que tuvo que llorar cuando se murió Verónica." "Seguro que lloró tanto que se inundó su casa." Y aquí, como por ensalmo, la conversación pasa del llanto a la risa y alguien perfila aún más esa idea que conjuga el inmenso dolor por la pérdida de la madre con la imagen de tantas lágrimas que acaban por inundar una casa. Y comienza un juego. Y de la misma forma que se ponen de moda las sirenas, se pone de moda jugar "a "niños huérfanos" o ¡no!, ¡no!, mejor... "a niños perdidos"!!"

En otra ocasión, una gata parió durante la noche en la casa y abortó tres fetos, uno más grande y dos más chicos. María, una amiga nuestra, lo limpió todo y lavó a los tres fetitos porque creyó interesante que lo vieran los niños. Quizá podría ser un buen material para el laboratorio de ciencias. Mientras iban llegando los niños los dos botes de cristal con sus tres cadáveres fueron pasando de mano en mano. Y se le veían con claridad, aunque diminutas, sus pequeñas y frágiles uñas. Y un adulto sacó de la biblioteca un libro en alemán con preciosas ilustraciones de embriones humanos a todo color unas y en blanco y negro otras. Y fueron vistas con deleite y curiosidad general. Cuando a alguien se le ocurrió sugerir que "podríamos guardarlos en una solución de formol" comenzaron los llantos que en algunos casos llegaban a convertirse en verdaderos plañidos. Una encuesta realizada al 100% de la población arrojó unos resultados del 100% a favor de que se inhumara al animalito, resolución que se cumplió con puntualidad.

La última vez que asistí a un entierro estaba con mi amiga Olvido y me hablaba de sus percepciones de la naturaleza ritual de los niños justo porque encontramos nuevamente un ratoncillo muerto (esta vez, ahogado). Lo sacamos del agua y enseguida se organiza el entierro. Una se pide transportarlo. Otra se encarga de la azada. Os aseguro que es impresionante ser testigo de cómo una niña de tres años arrastra una azada tamaño adulto- durante unos ¿cincuenta metros? y llegada al punto elegido, otra recoge el testigo y comienza a cavar con gran energía hasta que cede el turno a la



siguiente. Una vez hecho un agujero suficiente, la encargada de volcarlo cumple su cometido y finalmente todas participan del pisado general de la tumba. Alguien, al final, le pone flores.

Desde mi punto de vista, tener que descifrar si en estos ratitos que os he descrito "estamos trabajando" biología, educación física, inteligencia emocional, bioética o lo que sea; desde mi punto de vista, tener que decir esto es casi un sacrilegio porque lo cierto -¿será cierto?- es que lo que estamos "trabajándonos" es la vida, nuestra querida vida.

Autodidacta, número 10, verano 2004